

ralidad y magnanimidad de este príncipe, que para tener con que premiar las bizarras acciones, y estimular á la nobleza á dedicarse al manejo de las armas instituyese esta caballería, tomando él por honor y como cabeza de ella el dictado de *gran chichimeca Tecuhtli* que usaron después constantemente todos sus sucesores añadiéndolo al nombre propio; y es muy regular que Tochintzin fuese uno de los primeros caballeros de esta orden, porque nos dicen que por estos tiempos no se concedía este honor sino á las personas reales de edad proveya, y á los grandes generales y soldados consumados en el arte de la guerra que hubiesen obtenido señaladas victorias; y según hemos visto por la historia, hasta los tiempos de que hablamos no se le habían ofrecido á Xolotl otras guerras que las de Nauhyotl, y esta de Yacanex, ambas concluidas en breve tiempo. En aquella mandó en jefe el ejército el príncipe Nopaltzin, y en esta el general Tochintzin, y los reyes de Xaltocan y Cohuatlican; con que no podía haber otros generales, soldados veteranos, fuera de estos, que hubiesen obtenido señaladas victorias, puesto que no había habido otras guerras.

Después en el discurso del tiempo fueron los emperadores abriendo mas la mano á estas mercedes, haciéndolas no solo á los que habían servido en la guerra, sino también á los que habían servido bien en la paz; esto es, á magistrados, gobernadores de provincias y ciudades, cobradores de tributos, y justicias particulares de los pueblos; y aun se extendió á los hijos y descendientes de los señores y nobles que aun no habían servido ni en paz ni en guerra y eran jóvenes de pocos años, con la esperanza de que, estimulados de este ho-

nor, servirían en adelante á imitación de sus mayores. También se extendió á los sacerdotes mas venerados y respetables. Y no solo eran los emperadores los que hacían estas mercedes en los tiempos posteriores, sino también el senado de Tlaxcallan, después que se gobernó por república libre, y los reyes de Méjico y Tlaxcopan; y el rey Montezuma segundo de Méjico, á quien hallaron reinando los españoles, había instituido otras tres órdenes de caballería, con ceremonias é insignias particulares á cada una, para premiar y al mismo tiempo estimular á la nobleza á dedicarse al servicio de la república, así en los empleos políticos, como en la carrera militar, de que daremos razon en su lugar.

CAPITULO IX.

Dicese lo que era la dignidad ó caballería de Tecuhtli, las ceremonias que practicaban los que la recibían, y sus preeminencias. Muerte del rey de Culhuacan Achitomeil, y del gran emperador Xolotl.

Antes de pasar adelante con la narrativa de nuestra historia, me ha parecido conveniente dar noticia en este lugar, como el mas propio para ello, de lo que era esta dignidad ó caballería de tecuhtlis, y las ceremonias con que se armaban caballeros; pues aunque es constante que estas no se pudieron haber establecido en estos tiempos, sino en los posteriores, no todas á un tiempo, sino sucesivamente, como quiera que desde este se habla ya de esta dignidad, y con este motivo nos refieren los historiadores las ceremonias de su recep-

cion en los tiempos sucesivos, me ha parecido hacerlo ya en este lugar.

Luego que alguno obtenia del soberano la merced de la caballería de Tecuhtli, que no consistia en otra cosa que en decirlo el príncipe, avisaba el pretendiente á los tecuhtlis que habia en la poblacion haber obtenido este honor, y los convidaba para que le acompañasen al templo el dia que asignaba para comenzar su penitencia; que en estos tiempos últimos tuvieron muchas supersticiones para elegir el dia, buscando aquel signo ó carácter que creian les era propicio, y asimismo el número del dia de la semana, si era de pares ó nones; y confrontándolo con el dia de su nacimiento, y otros disparates semejantes, llegado el dia, se juntaban en la casa del nuevo caballero todos los tecuhtlis, y le acompañaban al templo, en donde luego que llegaba le horadaban el labio inferior, la ternilla de la nariz y las orejas, sirviéndose para esto de huesos de tigres, leones, águilas y otros animales, segun cada uno elegia, y segun era su deseo y peticion á los Dioses de que le diesen valor como el del leon, astucia como la del tigre, fortaleza como la del águila, ligereza como la del corzo, y así de los demas. Por aquellas heridas le pasaban unas cañitas muy delgadas, se las dejaban metidas, y cada dia se las iban mudando, y metiendo otras mas gruesas, para que fuesen anchando mas aquellos agujeros, los que durante el tiempo de la penitencia se cicatrizaban.

El sacrificio de taladrar los labios, narices y orejas lo hacia el sacerdote del templo, profiriendo al mismo tiempo ciertas deprecaciones á sus ídolos, y él mismo era el que diariamente iba mudando las cañas.

Despues le hacia al nuevo caballero una exhortacion ó plática, poniéndole presentes las obligaciones de que se hacia cargo con la dignidad que habia de recibir, y cómo habia de ser mas humilde, sufrido, abstinentes, sobrio, prudente y arreglado á las leyes que los demas, y asimismo le amonestaba del modo con que debia portarse durante la penitencia.

Concluida la plática le despojaban de las buenas ropas de que iba vestido, y le daban unos pañetes, y una manta ordinaria, que era todo lo que le habia de servir de abrigo y vestido durante la penitencia; un taburetillo bajo, y una estera (que en su idioma se llama *Petlatl*, y el dia de hoy castellanizada la voz llaman *petate*) para que se recostase el corto tiempo que le permitiesen dormir. Ponianle delante del altar del ídolo todas sus armas, de las mejores y mas bien trabajadas que ellos usaban, y se retiraban todos, dejándole en el templo.

Tres meses, que entre ellos componian sesenta dias, debia mantenerse allí en penitencia. Esta comenzaba por tiznarse todo el cuerpo de negro, y seguir todo este tiempo un ayuno tan riguroso, que no le era permitido comer vianda ninguna caliente, ni aderezada, ni dulce, ni frutas, sino solamente su pan de maiz, y en tan corta cantidad, que solo era una tortilla cada veinte y cuatro horas, que cuando mas podia tener dos onzas de peso. Exceptuábanse del ayuno los dias de festividades principales que ocurriesen durante el tiempo de su penitencia, porque en ellos podian comer de toda suerte de manjares, y la cantidad que quisiesen, pero una sola vez en el dia, á la hora que el sol estaba mas alto, que es al medio dia. Tam-

co durante la penitencia podia beber bebida alguna embriagante ni aun los dias festivos, sino solamente agua, y solo en estos podia beber la que quisiese, pero no en los demas, que habia de reducirse á una corta cantidad.

Los sacerdotes y los tecuhtlis se alternaban por dias á ir á comer al templo, y llevaban todo lo mejor que podian de viandas, ponianse á comer delante del caballero penitente, para que le fuese mas sensible su abstinencia á vista de los manjares y comedores, y al mismo tiempo le improperaban y daban vejámenes, llenándole de oprobios los mas injuriosos y sensibles, y pasando de las palabras á las obras, le tiraban de los cabellos, le daban pescozones, pellizcos y otras cosas semejantes, y á todo habia de estar inmóvil, sin airarse, ni quejarse, ni responder palabra alguna ménos comida, sino con gran paciencia y humildad. De noche, apenas conocian los veladores del templo que se habia dormido, iban, y le despertaban á empellones y punta pies, acompañados de palabras injuriosas y picantes, de suerte que era muy poco el tiempo que le dejaban reposar.

Las puertas del templo se mantenian entornadas y cubiertas por fuera con ramos de laurel, durante el tiempo de la penitencia; y concluidos los sesenta dias, en el último de ellos el sacerdote tomaba las cañas que le habia ido mudando en los ahujeros de labios, narices y orejas, y que casi todas estaban enteramente ensangrentadas, y puesto él de rodillas en la última grada del altar del ídolo, y delante un braceró encendido, las echaba en él á quemar el sacerdote, ofreciéndolas en sacrificio á su Dios, y haciéndole varias

deprecaciones sobre el nuevo caballero, el cual se retiraba luego á su casa, donde se bañaba y descansaba algunos dias de su penitencia.

Si estaba ya pronto todo lo necesario para la funcion, se hacia esta luego; pero si no lo estaba, se diferia hasta que todo estuviere á punto, porque era mucho. Algunos dicen que si no se hacia prontamente la funcion de armarle caballero, todo el tiempo que se diferia se prolongaba la penitencia; pero lo mas probable es que solo duraba los sesenta dias, y si se diferia la funcion, todo el tiempo que mediaba se mantenía el caballero retirado en su casa, y sin mudar los vestidos humildes de la penitencia. Cuando estaba todo pronto asignaban el dia, y volvia á convidar no solo á los tecuhtlis de su pueblo, sino tambien á todos los de las poblaciones comarcanas, enviando mensajeros para ello, y á todas las demas personas principales, á sus parientes, deudos y amigos.

Llegado el dia, se prevenian en el templo asientos para todos los tecuhtlis, y delante de cada asiento se proponia el regalo ó propina que á cada uno se le hacia, que era de mantas y todo género de ropas de que usaban, mas ó ménos finas y costosas, y en mayor ó menor número, segun era la posibilidad del caballero que se armaba, y tambien respecto al carácter y circunstancias de los tecuhtlis. Ponianles tambien plumas, joyeles de oro y plata, piedras de aquellas que tenian por preciosas y estimables, rodelas, arcos, flechas y macanas, y en los tiempos posteriores, dice D. Fernando de Alva, que llegó tambien el caso de regalar esclavos y esclavas, y finalmente el regalo se propor-

cionaba á la posibilidad y caudal del caballero, pero siempre les era muy costosa esta funcion, porque regalaban á todos los tecuhtlis que convidaban, aunque no asistiesen, pues el que por algun impedimento no podia asistir enviaba otro en su lugar, mas este no ocupaba el asiento del señor por quien asistia, sino que se quedaba siempre vacio, y á él le ponian al lado otro asiento inferior, y le hacian su regalo correspondiente, sin disminuir nada el del señor por quien asistia.

Estando todo á punto iba al templo el nuevo caballero, acompañado de sus parientes, vestido de aquellas ropas humildes con que habia hecho la penitencia. Ya estaban esperando los tecuhtlis en sus asientos, colocados en dos alas por el uno y otro lado del templo, desde la grada del altar para la puerta. Entraba el caballero solo en aquel circo, haciendo cortesias á uno y otro lado á cada señor en particular, hasta llegar á la grada del altar, donde puesto de fachada al simulacro, el mas anciano de los tecuhtlis le desnudaba de aquellas ropas humildes, y le ponía otras mas ricas y sobre todas una mas fina y primorosa, en que estaban curiosamente labradas las insignias de la orden, que eran leones, tigres, águilas y otros animales. Atábale despues el cabello con una cinta colorada, de cuyas puntas pendian unas como borlas hechas de pluma, y le ponía en la cabeza un adorno de las mismas plumas en forma de corona, que tenia por delante una targeta en que estaba pintado el animal ó ave á que deseaba asemejarse en el valor, fortaleza, ligereza &c. Despues le ponía en la mano siniestra el arco, y en la diestra unas flechas, y últimamente en los ahujeros de las orejas y narices le ponía unos granos de oro, á manera

de cuentas gruesas, que quedaban como engastadas en aquellas partes, y en el del labio inferior una piedra preciosa, y esto último era el principal y especialísimo distintivo de los tecuhtlis, y que no podia traer otro que ellos.

Hecho esto comenzaba el sacerdote á hacerle una grave exhortacion, diciéndole que aquella dignidad á que habia sido elevado no habia de servirle de vanidad y soberbia, sino de mayor humillacion; y que así como durante la penitencia habia sido sufrido en cuanto le habian dicho y hecho, así lo habia de ser en adelante, y que del mismo modo que habia guardado abstinencia en aquellos dias, habia de procurar en adelante el ser sobrio y medido en la comida y bebida. Encargábale la defensa del estado si era militar, y la buena administracion de justicia si era político: el buen trato de los vasallos, así propios si los tenia, como los del soberano que estaban á su cargo, el socorro de los pobres, el amparo de las mugeres, la reverencia y culto á los templos, y finalmente la educacion de sus hijos, si los tenia, el porte de su muger, y el buen gobierno de su familia, de suerte que duraba mucho rato esta plática del sacerdote, y contenia todos los mas sanos consejos de la mejor moral.

Ciertamente causa admiracion el alto conocimiento de estas virtudes á que llegaron estos gentiles, el aprecio que de ellas hicieron, y el esmero con que procuraban que se ejercitasen, especialmente por los nobles y señores, queriendo que fuesen características de la nobleza. Toda la plática escuchaba en pie el nuevo caballero con mucha modestia y humildad, y concluida hacia reverencia al ídolo y al sacerdote, y volvía ha-

ciendo cortesías á uno y otro lado del mismo modo que cuando entró, hasta tomar su asiento, que le estaba prevenido en el último lugar, y con esto se concluía la ceremonia.

Salía luego del templo adornado de todas sus insignias, y acompañado de toda la comitiva, y lo llevaban á pasear las calles mas públicas de la ciudad al son de sus instrumentos teponaxtlí y tlapahuehuell que eran á manera de tambores y timbales, yendo delante unos bufones y chocarreros, haciendo visages, y diciendo gracias y donaires que hiciesen reír á las gentes. De esta manera daban vuelta á lo principal de la población, é iba á parar todo el concurso á la casa del caballero en donde era espléndido el banquete para todos cuantos concurrían á ella, sin exceptuar el menudo pueblo, y así se gastaban por miles las aves, conejos, liebres y demas carnes de que usaban, y no ménos las ollas y tinajas de la bebida, y era exorbitantísimo el gasto, por cuya causa algunos, cuyas facultades y caudal no era suficiente á reportarlos, dejaban de tomar este dictado, sin embargo de tener la merced del soberano, y otros despues de obtenida, diferían por mucho tiempo el tomarlo, hasta juntar y preparar lo necesario para sus gastos.

Gozaban estos tecuhtlis muchos privilegios y exenciones, siendo en todo el reino los primeros y principales personajes á quien todos veneraban y respetaban con sumo obsequio. Obtenían los gobiernos, presidencias y demas empleos de primera esfera, y de ellos se componían los consejos y gabinetes de los reyes para todas las consultas y determinaciones en todas materias. Ellos eran los cobradores de los tributos, los tesoreros

de la hacienda real, y por su mano tambien corría la distribución de ella, segun las órdenes del soberano.

Volviendo pues á la narrativa de la historia, nos dicen los escritores que á fines de este mismo año de 1231, despues de efectuados los desposorios del rey Huetzin con la hermosa Atotoxtli, murió su padre el rey Achitometl de Culhuacan á los noventa años de reinado: príncipe no ménos justo que prudente y animoso, en quien volvió á renacer el esplendor de la real sangre tolteca, y digno nieto del gran Topiltzin: en cuyo gobierno se aumentaron considerablemente sus poblaciones, y volvieron á revivir las ciencias y artes de que fueron inventores sus antepasados, las que con sus calamidades y destruccion habían quedado enteramente decaídas; mas aplicando Achitometl todo su cuidado en hacer que volviesen á florecer, logró que fuese su reino el seminario de donde se propagaron despues á todo el imperio chichimeca, venciendo su policía la rusticidad inculta de esta nacion. Heredóle en el reino su hijo primogénito Xohualatonac.

En el año siguiente que señalan con el geroglífico de tres pedernales, y es en nuestras tablas el de 1232, pagó el comun tributo el emperador Xolotl, á los ciento y doce años de reinado, contando desde el de 1120 en que tomó posesion de la tierra, dejando á todos sus vasallos anegados en lágrimas, y sumergidos en un mar de penas y desconsuelo con la falta de un monarca tan justo y tan amante de la paz, tan benigno y misericordioso, tan magnánimo y liberal, y finalmente tan adornado de virtudes morales y singulares prendas, que con justa razon le merecieron el renombre de grande, sin que el haber sido tan respetado y venerado, tan pode-

roso y tan temido, le hubiese engraido, ni ensoberbecido, ni podido borrar ú obscurecer su precioso natural carácter de afabilidad, benignidad y clemencia; siendo entre todas tan relevantes prendas la mas brillante su liberalidad.

Adornaron su cadáver con las insignias de su suprema dignidad, á la usanza tolteca, cuyas costumbres y policia se iban extendiendo por todo el imperio. Tuvieronle un dia entero expuesto en una de las principales piezas de su palacio, donde se dió puerta franca á todo el pueblo, que entrando en ella, era un lastimoso espectáculo de clamores, suspiros y lágrimas con que sus amantes vasallos desahogaban en alguna parte sus penas á vista de su cadáver. Enterraronle al dia siguiente en una cueva, en lo bajo de su mismo palacio, que para esto habia destinado desde que le fabricó; á cuya ceremonia asistieron todos los señores principales de su corte, y otros muchos reyes y dinastías de la comarca que pudieron venir en aquel corto tiempo, manifestando todos así en sus semblantes como en el desaliño de sus personas el dolor y pena que penetraba sus corazones. Dicen que pasaba de doscientos años de edad.

CAPITULO X.

Sucede en el imperio el principe Nopaltzin. Dase noticia de las nuevas leyes que estableció. Muere el rey Xohualatonac de Culhuacan, y le sucede su hijo Calquiyauhtzin. Muere el rey Aculhua de Azcapuzalco, y le sucede Aculhua segundo, su primogénito. Reférese lo demas que acaeció en el reinado de Nopaltzin, hasta su muerte y la del rey Huetzin de Cohuatlican, á quien sucede su primogénito Acolmiztli.

Luego que se concluyeron los honores funerales del difunto emperador pasó todo el concurso á saludar al principe Nopaltzin, á quien juraron solemnemente por emperador supremo, como á primogénito y sucesor legítimo de Xolotl, y desde este comienzan á dárles ya á todos los emperadores el dictado de gran chichimecatl tecuhtli, de que se infiere, como ya dije, que en el reinado de Xolotl fué la institucion de esta caballería de tecuhtlis; porque ántes de él á nadie dan semejante dictado. Juraronle, pues, solemnemente por gran chichimeca tecuhtli, consolándose en su pérdida con que recayese la corona en un principe tan amable, de cuyas prendas tenian tan larga experiencia; y cuya avanzada edad, empleada siempre al lado de su gran padre en el manejo del gobierno, y de los principales negocios de paz y guerra que habia fiado á su conducta, les aseguraba un reinado feliz, aunque no muy durable.

No se engañaron en su concepto, porque el nuevo emperador, muy semejante á su padre en la afa-